

LIBROS

Augusto Roa Bastos, en Madrid

No parece ocioso recordar que la literatura latinoamericana existía antes del famoso "boom" y ha seguido existiendo después. Una operación publicitaria no puede confundirse con un auténtico recuento de valores literarios. Sin embargo, una buena parte de la crítica española —y no digamos ya de la foránea— ha montado todo su tinglado estético y aun ideológico sobre Latinoamérica en base a ese grotesco equívoco. Y de esta manera, quienes han perdido han sido los de siempre, es decir, los lectores, que han tenido que pechar con una información insuficiente, que ha ignorado a muchos de los mayores escritores latinoamericanos de "antes" y de "después".

Uno de esos escritores ha sido el paraguayo Augusto Roa Bastos. Roa Bastos, nacido en 1917, participó muy joven —a los quince años— en una de las guerras más crueles que se han desarrollado en el continente americano: la guerra del Chaco. Un conflicto en el cual dos países pobres, Bolivia y Paraguay, se enfrentaron despiadadamente por cuenta de los imperialismos extranjeros —concretamente, en este caso, por cuenta de las multinacionales del petróleo—. De aquella terrible experiencia, Roa Bastos extrajo materiales para una de las mejores novelas de la literatura latinoamericana: "Hijo de hombre", publicada en 1960. Hay que decir que, desde 1947, Roa Bastos vivía exiliado de su país. Su posición política, independiente, pero de signo nítidamente democrático y antiimperialista, no podía resultar cómoda para los sucesivos tiranos —ahora le toca el turno al grotesco Stroessner— que han gobernado su país.

Desde entonces, Roa vive en el exilio. Algunas veces vuelve a su patria para recoger materiales para sus libros, para establecer contacto con un mundo que sigue siendo suyo. "Un escritor

no debe de perder nunca sus raíces" —nos dice—. Un escritor latinoamericano, si quiere escribir una obra auténtica, tiene que estar cerca de su tierra". El cono Sur de Latinoamérica es hoy un infierno: Chile, Uruguay, Argentina. Y hacia el Norte, Bolivia y Paraguay, más el gigante brasileño, torvo y acechante, dispuesto a cumplir su papel subimperial de gendarme de sus vecinos. Desde octubre pasado, Roa Bastos vive en Francia, en Toulouse, de cuya Universidad es profesor de Literatura hispanoamericana, a la vez que dirige un seminario sobre lengua y cultura guaraní.

Como José María Arguedas, como Juan Rulfo —dos escritores de los cuales habla con subida admiración—, Roa Bastos ha ido a buscar las claves históricas de América Latina en la presencia de lo amerindio. Al contrario que los indigenistas —de méritos históricos indudables—, Roa Bastos, como los escritores antes mencionados, quiere superar los viejos esquemas naturalistas, en última instancia paternalistas, con los cuales se quería dar cuenta de la vasta realidad latinoamericana. "Mi propósito es integrar en la literatura un orden mítico, simbólico, que rebasa los planteamientos puramente naturalistas". Y al hablar de Rulfo y de Arguedas señala una característica que se puede aplicar también a su propia novela: "Transformaron la novela regional americana, dándole una dimensión poética universal". Frente a una literatura ideologizada en exceso, ellos plantearon una nueva valoración de lo autóctono más auténtica, más real, tanto desde un punto de vista estético como histórico.

En 1974, Roa Bastos publica en Argentina lo que muchos consideran su obra maestra: "Yo, el Supremo" (hay edición española: Siglo XXI de España; Madrid, 1976).

"Yo, el Supremo" tiene como figura central a una de las personalidades más controvertidas de la historia latinoamericana: el doctor Gaspar Rodríguez de Francia, supremo dictador del Paraguay. El doctor Francia fue un gobernante despótico, pero que no se puede confundir con la siniestra sucesión de payasos sangrientos que han asolado América Latina desde Rosas hasta Pinochet. Todo lo contrario. Francia, que era doctor en Teología por la Universidad de Córdoba y, por tanto, hombre de formación escolástica, fue —en palabras de Roa Bastos— "el

hombre que mejor entendió en América Latina el espíritu de la Ilustración, no adaptándolo mecánicamente, como hicieron los patriotas de Buenos Aires, sino adaptándolo a las necesidades de una sociedad primitiva".

Frente a los historiadores tradicionalistas y liberales, que se han esforzado unos por presentarlo como un dictador de extrema derecha "avant la lettre" y otros como un simple tirano sanguinario, una corriente historiográfica, "revisionista", se ha esforzado por devolvernos la verdad de esa extraña figura solitaria, agudamente consciente del peligro de neocolonización por parte de Gran Bretaña que gravitaba sobre América una vez derrotado el imperialismo español. Francia creó de la nada una nacionalidad fuerte, un Estado que permitió convertir su país en el más próspero de Sudamérica.



Roa Bastos.

ca en el siglo XIX hasta que la famosa Triple Alianza, formada por Argentina, Brasil y Uruguay y teledirigida, por supuesto, desde Londres, acabó con esa prosperidad en una increíble guerra de exterminio, en la cual perecieron *todos los varones* del Paraguay.

En "Yo, el Supremo", Roa es agudamente consciente de la necesidad de revisar tantas páginas clave de la historia de América Latina. Por eso su novela tiene a veces más andadura de ensayo que de narración propia-

mente dicha, lo cual acaso vaya en detrimento de su valor literario puro. Pero Roa Bastos, que piensa que la actividad del escritor no es una actividad privilegiada, al margen de la Historia, ha preferido el riesgo de hacer una novela ensayística. El resultado no se puede decir que sea decepcionante. Así, "Yo, el Supremo" no es una novela de dictadores más. Roa Bastos, que valora muy alto una novela como "Tirano Banderas", de la cual parte todo un género literario latinoamericano, ha hecho algo más que una reflexión sobre el poder absoluto en su libro: ha procurado situar en su verdadero contexto histórico a un hombre y a unos episodios concretos, deformados y desconocidos, de la realidad americana.

Para Roa Bastos, ahora es necesario superar la idea de que existe una dicotomía entre la literatura española y la latinoamericana: "En esta nueva época en que parece estar entrando España, es necesaria una religación de las literaturas de expresión castellana, creando una unidad significativa". Esa unidad cultural, que entre nosotros soñaron hombres como Unamuno y Valle-Inclán, pero que al otro lado del Atlántico ha tenido tantos entusiastas, es una de las garantías posibles contra la formidable marejada anglosajona. Roa Bastos, que en estos momentos dirige también un seminario sobre la tipología del dictador en la literatura americana, cree en un porvenir distinto para el gran continente mártir. Aunque afirma su posición de escritor no alineado, no "engagé" en una opción política concreta, su obra es, sin lugar a dudas, una de las aportaciones más serias, más profundas, a la causa de liberación de América Latina. "Hijo de hombre" y "Yo, el Supremo" son dos aportaciones de primer orden en esa dirección. Escritor nada "vedettista", su humildad de creador queda muy bien expresada en una frase suya recogida por Herman Mario Cueva: "... los libros de los particulares no tienen importancia; que sólo importa el libro que hacen los pueblos para que los particulares lo lean". ■ JAVIER ALFAYA.

Flaubert: el idiota de la familia

Durante los años del "compromiso", Jean-Paul Sartre es-